

bajo la dirección de Claude Lanzmann, a un personaje aparentemente tan poco sartriano como Bataille. En parte, para mostrar los vasos comunicantes que unieron a los dos escritores franceses.

El resultado del balance, practicado por un nutrido grupo (25 especialistas) de lectores, es que Bataille fue un ecléctico, cuyo punto de partida se halla en Nietzsche y en la escuela sociológica de Francia. Un sujeto acéfalo, perdido en un mundo donde su debilidad se confronta con un espectáculo de tortura y dolor ante el cual reacciona a carcajadas y ejerciendo su voluntad de dominio. La existencia humana es trágica y exige, en consecuencia, una mitología, a contar desde la minoría de los excepcionales. La muerte es el elemento emotivo que, convertido en obsesión, anima la vida en común.

Este paisaje sitúa a Bataille cerca del fascismo, cuyo agudo analista fue. El fascismo es la nacionalización del deseo bajo el gobierno del Uno, excepción absoluta (caudillo, dictador, conductor), dejando fuera, carente de ser, al diferente, al extranjero o extraño. Esta situación exigió a Bataille una renuncia a la fascinación por la objetividad de la ciencia, que lo atrajo en un principio, para sustituirla por una mirada infantil y salvaje sobre la realidad, algo inestable, nunca definitivo, dominado por el principio activo de la materia (según el postulado gnós-

tico) y la creatividad del mal. Paralelamente, la filosofía hubo de suplantarse su discurso académico por un lenguaje poético, con lo que volvemos a Nietzsche y nos acercamos a Heidegger.

De la sociología francesa tomó Bataille su interés por el don y el despilfarro, base de lo sagrado (superfluo, inútil y bello). Modernamente dicho: el juego supremo del arte.

Bataille no fue un inventor pero su habilidad para combinar y relacionar lo enaltece como ensayista. A menudo consiguió ser un prosista feliz, es decir un buen poeta. Por esa vía afinó ciertos conceptos hoy imprescindibles. En parte, es un personaje de época, quiero decir de entreguerras. En parte, nuestro contemporáneo. La minuciosa reconstrucción de su pensamiento que ofrece *Les Temps Modernes* colabora a recuperarlo como un elemento vivo de la meditación actual.

La constelación posnacional, Jürgen Habermas, traducción de Pere Fabra Amat y otros, Paidós, Barcelona, 2000, 217 pp.

Esta miscelánea reúne intervenciones recientes de Habermas, situadas en torno a dos preocupaciones suyas: la modernidad y el mundo donde desaparece o se rege-

nera la posmodernidad. Algunos artículos son de divulgación y manejan tópicos: la decadencia del Estado nacional en un mundo globalizado, las dificultades para democratizarlo, la federalización de Europa, los derechos subjetivos como derechos y deberes morales universales, tomados de la vieja idea del *jus naturalis*. Su conclusión es kantiana: la sociedad es «una forma abstracta de solidaridad civil entre extraños que quieren continuar siendo extraños los unos para los otros».

Otro sector del libro, el más interesante, es el de historia de las ideas, disciplina que promueve lo mejor de Habermas. La modernidad es definida como un cercioramiento autocrítico por medio de una razón que se sitúa y encarna en el lenguaje, dominada por la utopía habermasiana de una comunicación total, de una absoluta transparencia de la palabra como medio de una comunidad futura radicalmente democrática. El no aceptar ninguna evidencia, el privilegio del futuro sobre el presente y el pasado, la corporización de la eternidad en el tiempo (el devenir) son algunos de los incisivos de la modernidad, cuyos peligros ya señaló Hegel: secularizar la religión

convirtiendo la razón en ídolo y desaguando en un uso irracional de la racionalidad instrumental.

Tales entripados obligaron a replantearse la empresa ilustrada. Wittgenstein y Heidegger denuncian en la razón un sistema de dominio y proponen liberar al sujeto de lo que constituye su subjetividad clásica: el narcisismo de la autocrítica racional. Nace, así, una hermenéutica de la sospecha, que caracteriza, en cierta forma, al pensamiento del siglo XX.

Habermas se considera un heredero de la Ilustración y un defensor del proyecto modernizador, pero no sin matices nacidos de su constante proceso crítico. Sus conclusiones no son demasiado concretas: «... se debe llevar a cabo una reorganización del mundo de la vida en aquellas dimensiones de la autoconciencia, de la autodeterminación y la autorrealización que han caracterizado la autocomprensión normativa de la modernidad». Si no entiendo mal, se trata de volver al insistente problema de reunir razón y vida, tratando de que la razón se mantenga viva y la vida acepte la crítica que la razón le propone. Y ahí queda eso.

B. M.

El fondo de la maleta

Libertad Lamarque (1908-2000)

La aparición del cine sonoro fue musical, con *El cantor de jazz* protagonizado por Al Jolson. La nueva modalidad del arte luminoso, que abandonaba para siempre la mudez, exigió el concurso de actores que fueran cantantes, tomados del mundo de la ópera y la opereta, la comedia musical y la zarzuela. Debían ser fotogénicos, eventualmente bellos, tener técnica vocal aunque no necesariamente unos medios generosos. El micrófono suplía cualquier deficiencia.

Así se hicieron estrellas Jeannette Mac Donald, Nelson Eddy, Imperio Argentina, Tino Rossi, José Mojica, Lilian Harvey, Willy Fritsch y el resto de la compañía. A Libertad Lamarque le tocó ser la soprano cinematográfica del tango y, en tal carácter, asomarse al primer largo metraje sonoro argentino, llamado, ineludiblemente, *Tango* (1933, dirigido por Moglia Barth).

De voz timbrada y extensa, manejada con solvencia, desenvuelta aunque no gran actriz, simpática a la luz eléctrica y la cámara si no especialmente bella (el estrabismo la asociaba a la ilustre familia de Greta Garbo y Rodolfo Valentino), Líber se convirtió en la estrella por antonomasia de una industria que, por entonces, era la más importante en lengua castellana.

Su filmografía es inmensa pero quizá basten sus trabajos con Luis

Saslavsky (*Puerta cerrada, Eclipse de Sol* y *La casa del recuerdo*) para acreditar su excelencia como intérprete de un melodrama y un vodevil estetizados a la francesa y trufados de memorables canciones como las milongas y candombes de Homero Manzi y Sebastián Piana.

Líber estuvo vinculada a gente progre y actuó en festivales de apoyo a la República durante la guerra civil española. Una actriz muy subalterna, Eva Duarte, lo hacía en favor de Franco. Cuando llegó a primera dama por su matrimonio con Juan Perón, provocó el exilio de Lamarque, que se instaló en México, donde aceptó la ironía de Luis Buñuel, que anuncia y posterga su aparición, repetidas veces, en *Gran Casino*.

Allí, en México, pocas horas después de una filmación televisiva, pudo con ella la muerte, como diría un tango. Murió trabajando, esta hija y nieta de obreros que hizo sus pinitos recitando poemas de barricada en las fiestas de socialistas y anarquistas del Primero de Mayo. Luego, como madre atormentada, amante despechada, doncella amenazada por la locura o vieja señora resignada y sabia, quedó para siempre en esas tiras de celuloide que pasan de la junta de sombras al reino de los fantasmas. Allí sigue confesando, como Sol Bernal en verso de Manzi: «Se me va de las manos la pequeña canción».

Colaboradores

- CARLOS ALFIERI: Periodista y crítico literario argentino (Madrid).
LAURA ARIAS: Psicóloga y crítica literaria venezolana (Madrid).
JAVIER ARNALDO: Ensayista y crítico de arte español (Madrid).
ANNA CABALLÉ: Ensayista y crítica literaria española (Universidad de Barcelona).
JUAN GUSTAVO COBO BORDA: Crítico y ensayista colombiano (Bogotá).
JORDI DOCE: Poeta y ensayista español (Gijón).
LUIS ESTEPA: Crítico literario español (Madrid).
INMACULADA GARCÍA: Crítica literaria española (Madrid).
RAFAEL GARCÍA ALONSO: Ensayista y crítico español (Madrid).
GUSTAVO GUERRERO: Crítico literario y ensayista venezolano (París).
CLARA JANÉS: Poeta y ensayista española (Madrid).
JOSÉ MANUEL LÓPEZ ABIADA: Ensayista y crítico literario español (Berna).
JOSÉ AGUSTÍN MAHIEU: Crítico cinematográfico argentino (Madrid).
FERNANDO MILLÁN: Poeta y ensayista español (Madrid).
MARIANELA NAVARRO SANTOS: Crítica literaria española (Tenerife).
FRANCISCA PÉREZ CARREÑO: Crítica de arte española (Madrid).
PEDRO PITARCH: Antropólogo español (Madrid).
REINA ROFFÉ: Escritora argentina (Madrid).
JULIO ORTEGA: Ensayista y crítico literario peruano (Universidad de Brown).
MANUEL SAIZ: Crítico de arte español (Londres).
MIREIA SENTÍS: Crítica de arte española (Madrid).
SAMUEL SERRANO: Crítico literario colombiano (Madrid).
ISABEL SOLER: Ensayista y crítica literaria española (Universidad de Barcelona).